

Volumen XXI

Agosto 1.º de 1926

Número 207

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR

de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA

IMP. DE «LA LUZ» — CARRERA 7.ª, NÚM. 590

MCMXXVI

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, agosto 1.º de 1926

CONTENIDO

<i>Homenaje al doctor Abadía Méndez.</i>	
<i>Conferencia Escolar.—Grandeza y humildad.....</i>	MONSEÑOR BAUNARD
<i>Ensaladilla—Menudencias de varia, leve y entretenida erudición,....</i>	F. RODRÍGUEZ M.
<i>San Francisco de Asis y las fuerzas renovadoras del amor.....</i>	B. DE LOS RÍOS DE L.
<i>El pescador.....</i>	F. M. RENGIFO
<i>El aparecido.....</i>	JOSÉ ZAHONERO
<i>Ligero comentario al cigarrillo.....</i>	I. NARANJO ARANGO
<i>Valioso legado (Conclusión).</i>	

HOMENAJE AL Dr. ABADIA MENDEZ

El día once del pasado julio, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario rindió homenaje de cariño, admiración y justicia a uno de sus hijos más amados: al señor doctor MIGUEL ABADIA MENDEZ. En La Esperanza, lugar de descanso y recreo, y en donde se encontraba Monseñor Carrasquilla en busca de alivio para su salud quebrantada hace ya varios meses, se reunió el cuerpo de Profesores del Colegio Mayor, presidido por su ilustre Rector.

Allá, lejos del ruido de la ciudad, respirando aire más puro, y en medio de árboles robustos y frescas montañas, la cordialidad y la emoción llegaron a su colmo. Había un doble motivo: la presencia del distinguido hijo del Rosario, doctor ABADÍA, y la mejoría notable de nuestro sabio Rector, para gloria y dicha de la Patria, del Colegio Mayor y de sus hijos.

Y así, en medio de emociones sinceras y cariñosas, y de una charla familiar y franca, Monseñor Carrasquilla se expresó, con su acostumbrada sencillez y belleza, en los siguientes términos:

Señor doctor Abadía Méndez:

Cumplo con el encargo gratisimo de ofreceros este modesto banquete, como débil testimonio de la estimación, el respeto, la gratitud y el cariño que os profesa vuestro amado Colegio del Rosario. El agrega a los adquiridos en los pasados tiempos un nuevo gajo de laurel, por que ha sido electo para la Presidencia de la República, sin imposiciones, sin fraudes, sin competidor siquiera, uno de sus mejores hijos.

Vos representáis como pocos el estatuto, las tradiciones y el espíritu de nuestra Alma Mater. Fray Cristóbal de Torres lo fundó para formar cristianos, patriotas y caballeros consumados en las letras clásicas y en las ciencias divinas y humanas. Y vos sois católico de una pieza, no sólo por el bautismo y la fe ilustradísima, sino por la práctica de la piedad cristiana; sin hipócrita ostentación y sin cobardes respetos humanos; habéis servido a la patria en el desempeño de los más altos puestos públicos y en el noble ejercicio del magisterio, donde habéis formado varias generaciones de hombres doctos y buenos, algunos de los cuales ya son gloria de la nación colombiana. Yo entiendo por caballero no al que cumple sólo las leyes de la cortesía, sino al esclavo de la ley y del deber. En vuestra larga carrera pública habéis podido errar, porque sois hombre, pero el país entero sabe que no habéis prevaricado nunca.

De vuestros méritos como humanista y escritor ha dado testimonio la irrefragable autoridad del señor don Marco Fidel Suárez, de vuestra ciencia jurídica, vuestros sabios discursos y escritos.

Una de las condiciones que más admiro en vos es vuestra actividad y vuestra incansable constancia en el trabajo; porque os he visto desempeñar un ministerio

ejecutivo, dictar cuatro clases diarias en las facultades de Derecho, revisar la mayor parte de las tesis de los alumnos en la Universidad y en el Colegio del Rosario, quedándoos tiempo para departir con vuestros amigos en las primeras horas de la noche y para dedicar los días festivos al noble ejercicio de la caza. No os movéis como la ardilla de la fábula y por eso y porque os conservais ecuánime, muchos ignoran lo intenso y eficaz de vuestra labor.

Estamos reunidos en un sitio llamado «La Esperanza» y yo creo ver en ello un símbolo de lo que Colombia espera de vuestra administración. Y esa esperanza se realizará, Dios mediante, si continuáis practicando como hasta ahora aquella máxima que dice: *Nihil timendum nisi a Deo.*

El doctor Abadía Méndez respondió:

Monseñor:

Con profunda pena tengo que empezar por ofreceros mis más rendidas y sinceras excusas, porque, faltando a las reglas protocolarias, me veo en el caso de contestar *ore loquente*, y con cuatro frases mal hilvanadas, la hermosa oración que acabáis de pronunciar, y que, como todas las salidas de vuestros labios, tocados diariamente por el ascua santa, es digna expresión de aquel que ha sido siempre honra y prez de la elocuencia colombiana. A esa oración no puedo oponerle otro reparo que los desmedidos elogios que contiene en relación con mi persona, pero que para mí nacen de vuestra ingénita bondad, de vuestra generosidad nunca desmentida y de la fina amistad con que habéis querido siempre favorecerme, la cual constituye para mí un timbre legítimo que a la par que me honra, me enorgullece.

Pero esta falta involuntaria de cortesía, Monseñor,

me será excusada de buen grado por vos y los aquí presentes, desde el momento en que pueda presentar para disculparme una valedora cuya intercesión será decisiva e incontrastable a vuestros ojos. La necesidad de atender al llamamiento que las autoridades civiles y eclesiásticas, las damas y los caballeros de aquella riente, hospitalaria y privilegiada ciudad en donde la Reina de los cielos ha puesto su trono bajo la advocación de Nuestra Señora de Chiquinquirá, a fin de acompañarlos a rendirle un homenaje de amor y fe, me embargó por entero el tiempo y la atención y me impidió el haberme esforzado por traer aquí algo más digno de la ocasión presente.

Porque si alguna vez hubiera yo deseado ataviar los partos de mi mente con sus mejores galas e infundir a mis palabras sus más cálidos acentos, habría sido con motivo de esta fiesta, en que el Colegio del Rosario ha querido honrarme y enaltecerme porque después de Dios que me dió el sér, después de mi madre que sembró en mi corazón las fecundas semillas de la virtud, a nadie más debo en la vida el éxito alcanzado que al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, plantel benéfico que en la edad propicia, en los floridos años de la adolescencia, cuando empieza a brotar la reflexión y cuando los sentimientos bullen y se agitan noble y generosamente, supo trazar normas seguras a mi mente y a mi corazón.

Y no podía ser de otra manera, tratándose de un instituto fundado por un excelso prelado de la Iglesia católica, cuya blanca veste simbolizaba la nítida albura de su mente ilustrada, y cuyo rojo manto semejava el encendido amor que había en su pecho en pro de la grey puesta a su cuidado.

Para educar los corazones los cobijó con el manto de Nuestra Señora del Rosario, la preclara *Bordadita*, y para ilustrar las inteligencias les prescribió las enseñanzas informadas según la mente del Angélico Doctor.

Y como coronación de aquella obra generosa y noble, y para restaurarlo y devolverle su prístino esplendor, quiso Dios ponerlo en vuestras manos durante un lapso que cuenta ya más de siete lustros, a fin de imponerle el sello imborrable que marcarle quiso la voluntad de su santo y egregio fundador.

Grande es, pues, la deuda de gratitud que tengo contraída con el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y ella viene a acrecerse con la presente manifestación; mas en la medida de mis fuerzas, y como hijo amante y cariñoso, estoy dispuesto a pagarla, y así lo declaro solemnemente ante todos vosotros.

Os invito, señores, a que alcemos esta copa en honor de nuestro ilustre Rector, por la intención del restablecimiento de su preciosa salud y larga vida, a fin de que podamos tener por muchos años al frente del Colegio del Rosario al que sin vana hipérbole podemos apellidar su segundo fundador.

